

Comienza la exposición con un cuadro cronológico sobre la vida de Abelardo y otro sobre los principales acontecimientos político-sociales que tuvieron lugar durante los mismos años. El pensamiento de Abelardo lo desarrolla en cinco apartados: una introducción general, la metodología y discurso filosófico, la dialéctica, el problema de los universales y la ética. Concluye con una selección de textos sacados de las obras de Abelardo, y con una selecta bibliografía.

No se puede pedir mayor condensación de ideas en tan pocas páginas. Brilla, por encima de todo, la claridad expositiva del autor y la oportunidad de los temas tratados. Destaco, por su interés pedagógico, el apartado dedicado a la "metodología y discusión filosófica", que tiene por objeto el tema de la razón-autoridad, y las reglas de la investigación y de la interpretación de los textos. Es una especie de Discurso del Método de Pedro Abelardo.

Como el objetivo de esta Biblioteca Filosófica es iniciar a los estudiantes en el conocimiento de los autores a través de sus textos, el profesor César Raña ha conseguido perfectamente dicho objetivo. Al final, lo que cuenta es la calidad de la obra bien hecha, más que la extensión de la misma.

JORGE M. AYALA

PÉREZ ESTÉVEZ, Antonio, *La materia. De Avicena a la Escuela Franciscana*. Ediluz, Maracaibo (Venezuela), 1998. 477 pp.

El profesor Antonio Pérez Estévez ha desarrollado su labor docente e investigadora, durante más de treinta años, en Venezuela. En la actualidad es Profesor Emérito de la Universidad del Zulia. Sólo en los últimos años se ha dado a conocer en España, apareciendo su nombre frecuentemente en las principales revistas de filosofía. Nos alegramos de ello, primeramente porque comienza a ser conocido en su patria, él es gallego, y después, porque nosotros podemos enriquecernos con el fruto de su mucho saber acumulado. El libro que presentamos ahora es una prueba de ello. La críticas tan favorables que va recibiendo esta obra, afianza nuestra opinión.

Comienza su estudio haciendo frente a un tópico de las historias de la Filosofía Medieval: la lucha doctrinal que enfrentó el tomismo de Tomás de Aquino con Juan Pecham primero y con sus discípulos después, consistente en considerar el tomismo del Aquinate como la doctrina nueva y emergente que se abre camino en contra de la doctrina teológica tradicional y conservadora platónico-agustiniana, defendida por la Escuela Franciscana que pretendía estar fundamentada en las ideas maestras de Agustín de Hipona. Pérez Estévez invierte los términos: vista la Escuela Franciscana desde el horizonte futuro de la contemporaneidad, nos parece que, especialmente en Metafísica, sostenía doctrinas que van a ser la columna vertebral de la Modernidad. Sus doctrinas sobre el poder u omnipotencia divina, sobre la voluntad y libertad divinas y humanas en la que se incluye su concepción sobre la providencia y la predestinación sobre el individuo y la Persona humana, sobre la materia como entidad sólida con ser propio y su doctrina sobre la contingencia radical de todo lo creado que entraña la posibilidad de cambio de todo lo existente, me parecen que constituyen el marco de una nueva cosmovisión que abre las puertas a la Modernidad que comenzaba a alborear.

Todo el trabajo del profesor Pérez Estévez se centra en el estudio del concepto de materia, no sólo en los autores franciscanos (San Buenaventura, Juan Pecham, Rogerio Marston, Pedro Juan de Olivo, Ricardo de Mediavilla, Juan Duns Escoto), sino en su inspiradores, que no son otros que Avicena y Averroes. Y, por supuesto, en Santo Tomás de Aquino, representante de la tendencia opuesta. El concepto aristotélico-tomista de materia, escribe el autor, fue, para mí, un concepto desconcertante. Sin ser algo propio y existiendo en la sustancia con un extraño ser derivado de la forma sustancial, es el fundamento de todo cambio sustancial y el soporte de toda forma. Por eso, mi encuentro con los conceptos de materia que fueron desarrollando los franciscanos, me resultó una aventura novedosa.

A través de doce capítulos, divididos en dos partes, va desarrollando el autor, con verdadera maestría y con una claridad de ideas y tersura de estilo verdaderamente encomiables, la historia del concepto de materia, empezando con los Griegos: el pensamiento mítico (la materia y lo femenino, la metería y el caos) y el

filosófico (Platón y la “jora”, la “hile” de Aristóteles). Sigue con Platino y San Agustín de Hipona, y concluye con Avicena y Averroes. La idea aviceniense de una materia corpórea como sujeto de todo cambio sustancial, aparece, con los matices personales correspondientes, repetida en distintos autores franciscanos de igual manera que el concepto central de la sustancialidad de la materia heredado de Averroes. La segunda parte de la obra comienza con Santo Tomás de Aquino y continúa con los principales autores de la Escuela Franciscana, los anteriormente mencionados, pues no incluye a Guillermo de Mara, Pedro de Falco, Mateo de Aquasparta y Rogerio Bacon. Concluye con un capítulo dedicado a sintetizar las ideas expuestas. Cada capítulo es una monografía sobre el autor estudiado, pero el conjunto de todos ellos constituye una verdadera historia de la filosofía medieval de los siglos XII-XIII. La noción de materia bonaventurana esboza un camino que avanza entre las influencias de Aristóteles y San Agustín pero que resulta sorprendente personal. Los otros cinco autores van construyendo nociones de materia tan personales que llegan a diferir sustancialmente. Las materias de Rogerio Marston, de Pedro de Olivo y Ricardo de Mediavilla alcanzan una capacidad de movimiento y cambio que distan un abismo de la materia de san Buenaventura o de Pecharn y especialmente la materia pasiva, aunque con entidad propia, de Duns Escoto. Todos ellos, pretextando seguir el pensamiento de Aristóteles, se van sucesivamente alejando de él, debido a la lucha doctrinal que mantienen con Tomás de Aquino, el más destacado representante del Aristotelismo ortodoxo. Aristóteles y, sobre todo, Agustín serán los inspiradores de estas distintas materias franciscanas. Pero Aristóteles no se entiende sin Platón, ni Agustín sin Plotino.

No estamos ante un estudio erudito, sino bien práctico, pues el autor, con buen criterio, hace caer en la cuenta de las repercusiones histórico-culturales que ha tenido el predominio de uno u otro concepto de materia. Así, la filosofía griega predominante y luego cristiano-occidental recogen, en su concepción de la materia, el terror ancestral a lo femenino, a la selva, y a los valores que entrañan: la naturaleza poderosa e instintiva, la sensibilidad, la vida como lugar de placer y de disfrute. Por eso, la filosofía tratará de negar la materia de manera semejante a como la cultura griega trata de reprimir y de negar lo femenino o la mujer y la naturaleza. Paralela a la concepción metafísica de la realidad por medio de la materia y de la forma, está la concepción física de la realidad, extensa y cuantificable, desarrollada por Leucipo y Demócrito. Esta explicación fiscalista del mundo quedó relegada hasta bien entrada la Modernidad con respecto a la concepción metafísica, elaborada por Platón y Aristóteles. El puente por el que esta concepción fiscalista del mundo va a atravesar toda la Edad Media pasa al menos por los arcos de Juan Filopón, Pedro Juan Olivo y Juan de Buridán. Posteriormente, Isaac Newton, siguiendo a Copérnico, Galileo y Kepler, completará la cuantificación de la naturaleza, concluyendo con Alberto Einstein. El viejo concepto aristotélico de que la materia es el sustrato inmutable sobre el que se da el cambio, es decir, el sujeto permanente en el que una forma deja de existir y se adquiere una nueva forma, ha desaparecido del todo en la nueva física que sale de las manos de Einstein. La materia, como masa, pasa a ser una variable que está en relación inversa con la cantidad de energía y con la que se trasmuta sin cesar. Incluso en los últimos tiempos y de la mano de la mecánica cuántica, la física nuclear y la astrofísica, se va a elaborar el concepto de antimateria para poder explicar fenómenos que se escapan a la explicación que utiliza el concepto de materia que venía desarrollándose en la física. En el aspecto crítico, Pérez Estévez matiza la intuición de Ernst Bloch, autor del libro *Avicena y la izquierda Aristotélica*, acerca de un concepto de materia primera, no aristotélico-tomista, en la Edad Media. Según Bloch, el materialismo, como sistema filosófico y eje de todo el pensamiento humano, sobrevivió a todo lo largo de la Edad Media, gracias a esa Izquierda Aristotélica. No comparte del todo nuestro autor la lectura que hace Bloch de los textos avicenienses y averroístas con respecto a la materia, y, sobre todo, no comparte en absoluto el silencio casi total que guarda en torno a la materia en la Escuela Franciscana del siglo XIII.

Concluimos reproduciendo las palabras del autor al final de su libro: “La materia y su concepto jugó un papel importantísimo durante toda la Edad Media. Si algo ha quedado meridianamente claro a lo largo de este trabajo es que el pensamiento medieval es mucho más variado y polifacético de lo que comúnmente se cree. Esta diversidad de pensamiento en torno a la materia desmiente e, incluso, pone en ridículo esas síntesis apresuradas y simplistas que frecuentemente inventan ciertas personas con ánimo de menospreciar el pensamiento cristiano medieval. La conocida frase de Ortega y Gasset: «ese escolasticismo que se ha despreciado tanto porque no se le ha estudiado nada», continúa siendo hoy una enorme verdad”.